

Revista de Libros

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

“He vivido fascinado por la vida de los otros, por comprenderla y narrarla, sin sentir deseo alguno de contar la mía propia”, escribe Enrique Krauze en el prólogo de su reciente y muy voluminoso libro **Spinoza en el Parque México** (Tusquets). Así lo confirma su sólida obra, iniciada en 1976 con **Caudillos culturales en la Revolución mexicana**, y a la que luego sumaría un libro dedicado al integrante más joven de esa preclara generación, la de 1915: Daniel Cosío Villegas. Una **Biografía del poder** en ocho volúmenes, desde Porfirio Díaz a Lázaro Cárdenas, y **Siglo de caudillos**, de 1810 a 1910, se encuentran, asimismo, entre los numerosos títulos que ahondan en los personajes de la historia política de su país.

¿Cómo fue entonces que este ingeniero industrial de la UNAM y doctor en Historia por El Colegio de México, respetado ensayista, editor, discípulo y amigo de Octavio Paz, fundador y director de la revista Letras Libres y de editorial Clío, premiado en su país y en el extranjero, decidió abordar su propia biografía intelectual? Fue el escritor español José María Lassalle quien le propuso la idea. “Yo le dije, bueno, hazlo por tu cuenta y riesgo, pero si quieres podemos conversar”. Así lo hicieron, y “me di cuenta de que esa conversación era muy significativa para mí”, señala.

Después de siete años y muchas entrevistas —presenciales y virtuales, en tiempos de pandemia—, **Spinoza en el Parque México** conserva la estructura de preguntas y respuestas y se publica con la firma de Krauze. Fue él quien, finalmente, editó las más de 700 páginas, divididas en cuatro partes —“Origen y formación”, “Historiador y editor”, “El libro que no escribí” y “Biblioteca personal”—, más un epílogo. “Cuando, habiendo reunido todas esas conversaciones con Lasalle, llegó la pandemia y el aislamiento forzado, pues comencé a reelaborar, reescribir, escribir, reflexionar y trabajar amorosamente el libro —explica—. Hay ahí una conversación con mis libros y, claro, también una conversación conmigo mismo”.

Este “balance del alma”, como lo define en las últimas páginas, concluye en 1983, cuando publica su famoso ensayo **La democracia sin apellidos**, “una propuesta directa de democracia para México cuando en mi país la palabra democracia parecía sánscrito”, afirma. Desde el título, y también por su formato, **Spinoza en el Parque México** se lee como un homenaje a su abuelo Saúl, quien le reveló al filósofo judío del siglo XVII, excomulgado por sus pensamientos heterodoxos y libres.

—Mi abuelo hablando de (Baruch) Spinoza en el Parque México y yo escuchándolo en esas veredas, sentados en aquellas bancas: esa evocación inspira el libro y está presente a lo largo de él. Pronto también me di cuenta de que en esa conversación estaba repitiendo, a mis setenta y tantos años, lo que yo mismo había hecho con mi abuelo, que entonces tenía setenta y tantos años, y con los abuelos de México, a los que estudié cuando era joven. Por todas partes he ejercido la cultura como una conversación, de modo que el género nació de manera natural.

—Es el método que también ha usado en sus libros. ¿Fue difícil trabajar en la propia biografía?

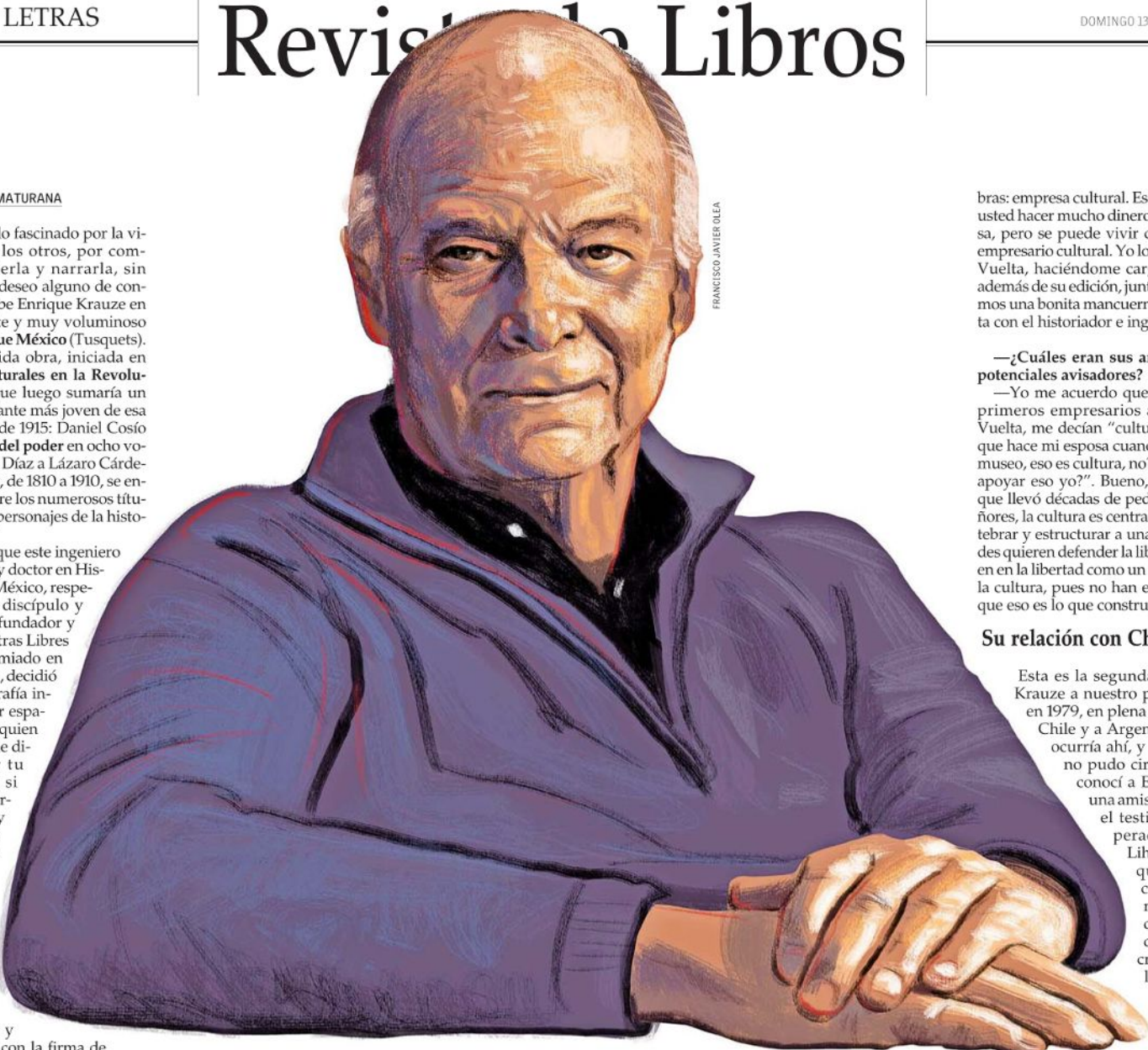
—En efecto, mis libros se hicieron mucho a través de conversaciones y entrevistas que complementé con archivos, con documentos, con lecturas varias. En este caso, el sujeto de la indagación era yo mismo, y la verdad es que gracias a la empatía y curiosidad de Lasalle, lo que hace un buen amigo, ¿no?, pudo irse construyendo.

Enrique Krauze habla a través de la pantalla desde Argentina, poco antes de viajar a Chile para presentar su libro, este martes, a las 19:00 horas, en una actividad en el Club de Lectores de El Mercurio, que también tendrá el formato de una conversación (inscripciones, gratis, en www.clubdelectores.cl)

La mirada puesta en el pasado

La historia de México —con sus instituciones fundadas a principios del siglo XX— y la historia de sus ancestros judíos parecen indisolubles en el libro y en la vida de Enrique Krauze Kleinbort (1947). “Son muy hondas las raíces judías en mi vida, por mi familia, porque fui el primer hijo, nieto y bisnieto de judíos europeos que emigraron en los años treinta a México pocos antes del Holocausto y cuyos familiares que quedaron allá murieron, casi todos. Además de haber estudiado trece años en el Colegio Israelita de México, en donde el idioma era el idish, no el hebreo. Esa gravitación profunda del pasado judío en mi vida, volvió bastante natural la transferencia de ese interés a la historia mexicana, que tiene también esa profundidad, ese dramatismo. Desde muy joven tenía curiosidad por la historia de México y la abracé; yo quería ser parte de México”.

Entonces se inclinó por escribir la historia y la biografía de quienes construyeron sus instituciones. “México, un país volcánico, revolucionario, dictatorial y violento, tuvo algunas generaciones de constructores de instituciones de diversa índole, de cultura, de educación, de salud, económicas, financieras, sociales, políticas. Destruir es algo sencillísimo, se hace en un día; construir tarda generaciones. Después de la desgracia gigantesca de la Revolución mexicana, que dejó atrás un millón de muertos, en 1920 empezó una era de reconstrucción y yo quise contar esa historia.



FRANCISCO JAVIER OLEA

ENTREVISTA | Director de revista Letras Libres

Enrique Krauze: “He ejercido la cultura como una conversación”

Con el formato de una extensa, fluida y profunda entrevista, el destacado historiador, biógrafo, ensayista, editor y empresario cultural mexicano publica **Spinoza en el Parque México** (Tusquets), un minucioso recorrido por los hechos y las figuras que fueron gravitantes en su formación intelectual, empezando por su abuelo Saúl.



SPINOZA EN EL PARQUE MÉXICO
Enrique Krauze
Tusquets,
Santiago, 2022,
733 páginas,
\$31.900.
MEMORIAS

—Su mirada sobre la realidad lo distanció de su propia generación.

—La mía fue una generación revolucionaria que buscó destruir al sistema político e instaurar la democracia. Desgraciadamente, las mitologías revolucionarias han pesado mucho en México y en América Latina. En lo personal, al estudiar a Gómez Morín, a Lombardo Toledano a Cosío Villegas, estaba buscando figuras a las que emular, en mi muy modesta medida. Y luego con Octavio Paz, lo mismo. Otro constructor. No solo el gran poeta y ensayista, sino también un editor de revistas literarias, con el que colaboré en Vuelta por veintitantos años. Yo he creído siempre en la construcción de instituciones. Creo que una de las columnas vertebrales del libro es la formación de un liberal que está convencido de que la salida de su país y de América Latina está por la vía de las reformas en el marco de la democracia y la libertad.

—¿Compartía esa mirada con Octavio Paz?

—Octavio Paz fue un simpatizante convencido de la Revolución rusa y yo diría que hasta los años setenta. Y de la Unión Soviética. Es decir, fue realmente muy difícil y largo su proceso de desencanto. Él fue un liberal, pero nunca en el sentido hayekiano de la palabra. La economía no le interesaba. Era un socialdemócrata. Por eso es una desgracia para la izquierda mexicana y latinoamericana no haber debatido con Octavio Paz. En Vuelta éramos adversarios de las dictaduras militares en el cono sur, pero también éramos críticos de Cuba y de la revolución centroamericana. No queríamos la economía freemaniana, queríamos la democracia y la libertad. Yo quiero creer que esa posibilidad todavía existe en América Latina, que el Presidente Boric puede encontrar la vía para construir un proyecto de izquierda con gran responsabilidad social en el marco de la democracia y la libertad, que tiene por fuerza que deslindarse de Cuba, de Nicaragua, de Venezuela. Este joven Presidente tiene incluso la oportunidad de encabezar una alternativa de izquierda claramente democrática y liberal.

Con Octavio Paz éramos una bonita mancuerna, el poeta y ensayista con el historiador e ingeniero.

Cultura y libertad

—Como liberal, usted también es atípico.
—Yo soy hijo de un empresario que tenía una imprenta, donde había un mural que decía “la imprenta al servicio de la cultura” y que yo

Ferrara 5775

Herida, temerosa
la Sinagoga abre sus puertas
al perdón,
al extraño,
al caminante.
Solo esto queda del populoso Ghetto:
el mismo recinto,
el candelabro,
y el precario Minyán
que reza
el melodioso rito.
Por las grietas abiertas de otro sismo
llega un lamento de Sefarad.
La procesión de rollos coronados
rodea al mundo
en solo cinco pasos.
El naufragio del tiempo es inclemente
pero ellos se aferran al Arca de la Alianza:
unos cobijan con sus mantos a sus hijos
otros invocan por sus nombres a sus padres.
Micòl, Alberto, don Ermanno, Giorgio
se fueron del jardín un día:
unos por fuego,
otros por mar
todos a destiempo,
y todos regresan:
pues mañana y ayer son hoy y siempre.

veía desde niño. Él servía a la industria farmacéutica y de los perfumes, pero tenía el sueño de hacer libros y servir a la cultura. Había una especie de profecía, o quiero creer eso, en que yo estaba predestinado a ser ingeniero porque tenía que hacerme cargo de las empresas de mi papá. Luego tuvo muchas vicisitudes y problemas que nos llevaron años en salir adelante, pero aprendí muchas cosas de la gloria y miseria de ser empresario, pero sobre todo, la importancia de la empresa. Yo no soy un liberal a la Milton Friedman ni nada que se le parezca; no encontrarán ninguno de los clásicos del liberalismo en mi libro, más bien encontrarán muchos autores de la tradición socialista, pero yo creo en la empresa, y me formé desde chico en una empresa.

—¿Cómo logró conjugar empresa y cultura?

—Poco a poco, conforme pasó la vida, pensé que era posible una empresa cultural, porque conocía a Cosío Villegas, que fue el fundador del Fondo de Cultura Económica, la gran empresa que educó a generaciones en toda América Latina. Y Gabriel Zaid, que más que un hombre del Renacimiento es un escritor total, un clásico vivo, también era empresario. Él fue quien por primera vez pronunció frente a mí las dos pala-

bras: empresa cultural. Es muy difícil, si quiere usted hacer mucho dinero dedíquese a otra cosa, pero se puede vivir con dignidad siendo empresario cultural. Yo lo aprendí en la revista Vuelta, haciéndome cargo de los anuncios, además de su edición, junto a Octavio Paz. Éramos una bonita mancuerna, el poeta y ensayista con el historiador e ingeniero.

—¿Cuáles eran sus argumentos ante los potenciales avisadores?

—Yo me acuerdo que cuando iba con los primeros empresarios a vender avisos de Vuelta, me decían “cultura... ¿cultura es eso que hace mi esposa cuando va a París y ve un museo, eso es cultura, no? ¿Por qué tengo que apoyar eso yo?”. Bueno, pues fue una labor que llevó décadas de pedagogía, de decir: señores, la cultura es central para cambiar y vertebrar y estructurar a una sociedad. Y si ustedes quieren defender la libertad, si ustedes creen en la libertad como un valor y no entienden la cultura, pues no han entendido nada, porque eso es lo que construye una civilización.

Su relación con Chile

Esta es la segunda visita de Enrique Krauze a nuestro país. La primera fue en 1979, en plena dictadura. “Yo fui a Chile y a Argentina a cubrir lo que ocurría ahí, y la revista Vuelta ya no pudo circular en Chile. Ahí conocí a Enrique Lihn y tuve una amistad con él. Yo recogí el testimonio muy desesperado, angustiado, de Lihn. Esa es una figura que yo respeto muchísimo, me siento muy identificado con ese hombre que, como su generación, creyó en Cuba, como le pasó a Jorge Edwards también, pero supieron ver la realidad y tomar distancia ante lo que era evidente.

Luego hice una amistad muy estrecha con Jorge Edwards y después conocí a Gonzalo Rojas, estaba yo en el jurado que le dio el Premio Cervantes. Lo que quiero decir es que para mí y para Vuelta, Chile siempre tuvo una importancia central, por razones literarias y culturales, desde luego, pero también en términos políticos.

—Su trabajo se ha caracterizado por tomar distancia del poder y criticarlo. ¿Debería ser una premisa del intelectual?

—Indudablemente. Pero la tentación del intelectual no es estar lejos del poder, sino acercarse; esa es una condición lamentable. Yo nunca he tenido esa atracción, no he querido ejercer el poder, ni aconsejar al poder ni nada; lo mío es criticar al poder. Evidentemente he conocido a algunos presidentes, pero me he dado cuenta de que no sirve para nada darles consejos, porque el poder tiene su lógica. Observador atento de la realidad latinoamericana, Krauze pone énfasis en la “necesidad de un trabajo muy profundo de pedagogía democrática”. “Eso es lo que, modestamente, pretende hacer mi libro. El siglo XX tiene lecciones importantísimas para nosotros. Los totalitarismos del siglo XX mutaron al XXI en los populismos de derecha o de izquierda. Yo creo que ese vislumbre ya está en George Orwell y en Hannah Arendt”.

Los dos autores son parte de su “Biblioteca personal”, la que revisa en la última parte del libro. Sin un “plan previo” para formarla, con el tiempo se dio cuenta de que su “interés subyacente era pensar el siglo XX”. En ella conviven diversos géneros, y también novelas. “Para mí, la novela es la clave maestra para la comprensión de las culturas —señala—. Yo creo que la biografía es una hermana modesta de la novela, y la historia también lo es. Por eso me detuve en Kafka y en las novelas de Orwell y en la novela política de Dostoiévsky. Kafka es el vislumbre completo del siglo XX; Orwell, el vislumbre del siglo XXI, porque más que predecir el totalitarismo, lo que predijo es el uso de la mentira en el populismo. Dostoiévsky, en **Poseídos**, hace el retrato de lo que vendría en el siglo XX, empezando por Lenin y todos sus poseídos y luego los poseídos chinos y cubanos y latinoamericanos. Ahora, hay cosas en el siglo XX que ni la novela ni la poesía ni la historia ni el ensayo pueden dilucidar... como el Holocausto.

El tema no deja de conmover a Enrique Krauze —y a la humanidad—, al punto de que en esta parte del libro incluso reproduce un poema de su autoría (ver recuadro), escrito a partir de su visita, en el día de Yom Kippur, a la sinagoga de Ferrara, Italia, agrietada entonces por un terremoto, y donde recuerda a los personajes de **El jardín de los Finzi Contini**, de Giorgio Bassani. “Yo nunca había publicado un poema!”, dice. En el centro está la memoria. —Mi abuelo Saúl, el sastre, era todo memoria. Me hablaba de su experiencia en Polonia, cuando había sido militante del Partido Socialista polaco, y del antisemitismo y de cómo había estado en un campo de concentración después de la Primera Guerra y de los autores en idish. Me heredó su biblioteca en idish. Con mi abuelo materno, José, nunca pude platicar sobre estos temas porque cuando yo tenía diez años, empezó a perder la memoria; murió cuando yo tenía 22. Creo que soy historiador, primero, por tener un abuelo que era todo memoria, y luego por tener otro abuelo que perdió la memoria.

—¿Qué ha significado para usted la publicación de este libro?

—Yo diría que me ha liberado, me ha dado paz, y la sensación de que con este balance cuando menos sí puedo reclamar una coherencia de muchas décadas. Además, me siento bien porque es un vasto acto de gratitud, desde mis abuelos hasta mis maestros, desde mis mentores hasta mis compañeros, y sobre todo de los libros y los autores que conocí y que leí. **Spinoza en el Parque México** es también un libro de gratitud.